



Desde nuestros errores, Dios está cerca de nosotros

Soy casado, feliz en mi matrimonio. Tres hijos y en esta oportunidad me referiré a una de las facetas en nuestra relación con el menor.

Desde pequeño se identificó por tener un carácter fuerte, muy dueño de sí mismo, aceptando con mucha dificultad, o simplemente no aceptando lo que “no le parece bien”.

La situación en referencia la ubico entre los seis y ocho años, su época escolar de básica:

- No lográbamos un estudio sistemático y casi siempre era una dura batalla el que hiciera sus tareas y estudiara las materias pertinentes.
- El apagar la televisión, para estudiar o ir a acostarse, era una insistencia larga, concluyendo en enojos y discusiones interminables.
- En la relación con sus hermanos, el subjetivismo afloraba más intensamente, por lo que las discusiones y peleas entre hermanos llegaban a ser “normales”, y en contadas oportunidades a cierto grado de violencia.
- Sólo describo estas acciones como más significativas.

Todo lo cual me hacía sufrir internamente, muchas veces en silencio y “tomando caldo de cabeza” en soledad.

En ocasiones, yo reaccionaba muy mal, me enojaba con suma facilidad, gritaba. Lo hice sufrir mucho, hasta más de alguna vez le pegué con una correa, lo que aún cada vez que lo recuerdo, me duele y las lágrimas brotan de mis ojos.

Debido a estas mismas dificultades con nuestro hijo, más de alguna vez discutimos con mi esposa... Gracias a Dios, jamás hemos llegado más allá de una mirada fea y palabras fuertes, aunque siento que ya eso es mucho, y recordarlo nos duele a ambos. Otras veces nos sentábamos a conversar, compartiendo nuestra impotencia frente a su modo de reaccionar. Revisábamos nuestro modo de actuar, tono de voz duro, el enojo al que normalmente llegábamos y tomábamos conciencia que gran parte era nuestra responsabilidad... Yo, por lo menos, me sentí muy culpable, pero también constatábamos que la suavidad, el buscar por la buena, dando el tiempo para su reacción, no lograba resultado alguno; por el contrario, sentíamos que se “aprovechaba” y nos sentíamos cómplices de su estancamiento, de su manipulación y de sus caprichos. Al pedirle disculpa (sucedió algunas veces) por nuestros errores, no siempre lográbamos una reacción positiva.

A pesar del enojo y las relaciones tirantes o cortadas por su parte, al acostarse nos acercábamos a darle un beso y la bendición. Más de alguna vez nos echaba de “su” pieza...

Por lo menos, sana algo nuestras heridas el profundo sentimiento de cariño hacia los tres, nunca nos sentimos lejos y siempre estábamos a la espera de su mínima reacción. Y no todo era negativo:

muchas veces también lográbamos una gran cercanía, otras reconocía sus reacciones de mal genio, después de interminables 20 ó 30 minutos de enojo y agresividad, incluso a veces pedía perdón y decía :“qué me pasa, papá, yo no quiero actuar así”.

Nosotros llorábamos juntos, sintiendo, no un fracaso, pero sí la impotencia como padres. Todas nuestras ilusiones, proyectos de papás acogedores, formadores de personas, catequistas acompañando a otros papás, educador en mi caso de miles de alumnos, se iban por el suelo... nunca “tiramós la toalla”... pero sufrimos, y la verdad es que pasamos duros momentos de desconcierto, dolor y sin encontrar el camino...

Era entonces, desde nuestro abismo, muy real, desde donde poco a poco fuimos reaccionando, con avances y retrocesos. Revisamos nuestro actuar y valoramos la sinceridad de nuestro hijo, su autonomía y valentía para expresar lo que él sentía y pensaba... Eran precisamente los tres hijos que necesitábamos, eran el regalo de Dios para purificarnos. Allí comprobamos, experimentamos, lo que más de alguna vez había “leído”: “La familia es imagen de la Trinidad, en sus atributos. El Padre da vida, el Hijo redime y el Espíritu Santo, santifica”... Desde nuestros hijos, por ellos, empezamos a corregir nuestros errores y empecé a valorar en mi esposa la suavidad del Espíritu, la intuición de la voz de Dios a diferencia de mi racionalismo y subjetivismo. Yo siempre creía tener la razón, pero la sencillez de mi esposa muchas veces fue más certera.

Allí, en medio de la cruz, pesada y dolorosa, dábamos gracias a Dios y empezamos el lento camino de reconocer primero nuestros propios errores, (no puedo hablar sólo de mí mismo); mi mal genio originó (en gran medida) el mal genio de mis hijos, el orgullo. El no saber reconocer el propio error y pedir perdón a los hijos por parte de mi esposa, rebelaba, indignaba el sentido de justicia de ellos... Claro, su respuesta era insolente, pero ¿qué esperábamos de niños que aprenden del enojo de sus padres?

... Han pasado los años, somos una familia feliz, no porque todo camine sobre ruedas -falta mucho que corregir-

sino porque estamos empezando (la sensación es que siempre estamos empezando... a veces desconcierta por el poco avance, pero nos anima, ¡siempre empezamos de nuevo!)... estamos empezando a reconocer que Dios ha sido, es y será bondadoso con nosotros, que “no a pesar”, sino “desde nuestros errores” está muy cerca de nosotros... y lo importante, ni siquiera es la bondad y calidad de nuestra respuesta, sino que cada vez sea más desde el abajamiento y encarnación que “hoy” nos corresponde hacer realidad. No es que no nos duelan nuestros errores, pero estamos descubriendo que aún con ellos Dios también purifica a “sus hijos” y que Él “nos encomendó” para que se los cuidáramos, le ayudáramos a educarlos, para ser personas propias, distintas a nosotros, prepararlos y ofrecérselos para que también ellos puedan descubrir sus eternos designios de bondad y felicidad.

Hoy, este niño menor, ya tiene 19 años... acaba de pasar a 2º año de Ingeniería Comercial, es responsable, estudioso, atento y cariñoso... nos queda muy claro que no es nuestra labor sino, la obra de Dios. Su cambio notorio ocurrió recién en el segundo trimestre de 4º Medio (el año anterior había repetido 3º Medio)... y para el vuelco total, Dios se sirvió de mi enfermedad, en la que tuve una crisis grave, de la que él fue el único hijo testigo de mi primera experiencia de muerte. En febrero del 2003 estaba con él, mi esposa y unos primos... al ver que me moría, y todos sentíamos lo mismo, llorando, en su desesperación “le rogaba al FLACO” que no se llevara a su padre “tengo certeza que TU no me

lo puedes quitar”. Obviamente yo no me di cuenta de ello. Después me lo contaba mi esposa, mientras dábamos gracias a Dios por su bondad en mi enfermedad.